

MADRE TRINIDAD DE LA SANTA MADRE IGLESIA
Fundadora de La Obra de la Iglesia

*¡La Señora
de la
Encarnación!*

* * *

*Misterio
de inédita ternura*

* * *

*Nostalgia y melancolía...
En el Sagrario está el Ser*

4ª EDICIÓN



Editorial Eco de la Iglesia

25-1-1970

LA SEÑORA DE LA ENCARNACIÓN

¡Oh realidad pletórica de la grandeza de Nuestra Señora toda Blanca de la Encarnación!

Yo necesito hoy, impulsada por la luz y la fuerza del Espíritu Santo, e inundada por el amor que hacia la Señora invade mi alma, delectar en la medida de mi pequeñez y la pobreza de mi nada, llena de veneración, admiración y respeto, algo de cuanto, en un romance de amor de profunda sabiduría y bajo la luz sapiental del pensamiento divino, he penetrado, llevada por el ímpetu de Dios “que con su diestra me abraza y su siniestra me sostiene”, sobre el trascendente y sublime misterio de la Encarnación; realizado por la voluntad del Padre, que nos da en deleite amoroso a su Unigénito Hijo en las entrañas purísimas de la Virgen; la cual, por el arrullo amoroso del beso infinito de sublime y trascendente virginidad del Espíritu Santo, en paso de inmenso y bajo la brisa de su vuelo, rompe en Maternidad divina.

Toda la grandeza de María le viene por su Maternidad divina; grandeza incomprendible para nuestra mente humana ofuscada y entenebrecida por el pecado.

Nil Obstat: Julio Sagredo Viña, *Censor*
Madrid, 21-11-2000

Imprimatur: Joaquín Iniesta Calvo-Zataráin
Vicario General

Separata de libros inéditos de la Madre Trinidad de la Santa Madre Iglesia y del libro publicado “Vivencias del alma”.

1ª Edición: Noviembre 2000

© 2000 EDITORIAL ECO DE LA IGLESIA, S. L.

LA OBRA DE LA IGLESIA

MADRID - 28006

ROMA - 00149

C/ Velázquez, 88

Via Vigna due Torri, 90

Tel. +34 91 435 4145

Tel. +39 06 551 4644

E-mail: informa@laobradelaiglesia.org

<http://www.laobradelaiglesia.org>

ISBN: 84-86724-12-0

Depósito legal: M. 17.274-2001

¡Sublime misterio el de la maternidad de la Virgen!, porque encierra el incontenible misterio de la Encarnación en el ocultamiento velado y sacrosanto del portento que en Ella se obra por el poderío del Infinito Ser, que la creó en sus planes eternos para que fuera el medio por el que el mismo Dios, en un romance de amor, encarnándose en Ella, –“El Verbo se hizo carne y habitó entre nosotros”– se dio al hombre en delecto amoroso de infinitos y coeternos cantares, en el modo más sublime e inefable que la mente humana pueda sospechar, a través de la maternidad virginal de Nuestra Señora de la Encarnación, ¡toda Blanca! ¡toda Virgen! ¡toda Madre! ¡toda Reina! y ¡toda Señora!

No hay criatura capaz de contener en su seno el misterio de Dios, si el mismo Dios con la soberanía de su infinito poder, al penetrarla con su sabiduría, no la sostiene con su fortaleza. ¡Y Dios creó a María para que tomara parte activa en el misterio de la Encarnación...!

¡Ay qué terrible es María, por ser capaz de contener en su seno de Madre el momento del gran misterio de la Encarnación...! Momento sublime de infinita trascendencia que no cabe en la tierra, por su grandeza, por la inmensa realidad que encierra...

¡Cómo te hizo Dios, María, al hacerte capaz de contener lo incontenible en tu seno, de sostener lo insostenible!

¡Ay María! ¡Si veo que estás contemplando el misterio que en tu seno se obra...! ¡Ay María! ¡Si nadie puede conocerlo ni vislumbrarlo si Tú no se lo enseñas...! ¡Ay María!, manifestación esplendorosa de la voluntad de Dios, que te hizo contensora del misterio incontenible por criatura alguna en la tierra: del misterio trascendente de la donación de Dios al hombre, mediante la unión hipostática de la naturaleza divina y la naturaleza humana en la Persona del Verbo, realizada en tus entrañas virginales, por el arrullo del Espíritu Santo, bajo la sombra y amparo del mismo Omnipotente, que te hizo romper en Maternidad divina; de tal forma que, en ti y por ti, Dios se hizo hombre sin dejar de ser Dios, y al hombre lo hizo Dios sin dejar de ser hombre.

¡Oh sublimidad excelsa del *Sancta Sanctorum* de la Virgen Madre de la Encarnación! donde, en sabiduría amorosa, Dios, penetrando mi alma con su infinito pensamiento, me está introduciendo y haciendo vislumbrar del modo que Él sólo sabe, según el designio de su infinita voluntad, sus divinas y coeternas donaciones al hombre; pues, en un requiebro de amor inefable, en María y a través de Ella, el mismo Dios se nos dio con corazón de Padre, canción de Verbo y amor de Espíritu Santo.

Ante lo cual, mi pobrecita alma, anonadada, temblorosa, adorante, asustada y ahondada en el misterio, exclama como en un himno de alabanza:

Gracias, Madre, por haberme introducido en tu seno para contemplar contigo lo que no es dado vislumbrar a criatura alguna en la tierra, si no es llevado por ti a la hondura profunda y sacrosanta del misterio que Tú encierras.

[...] ¹ ¡Oh... sacratísimo y secretísimo misterio el de la Encarnación...! ¡Inmenso, excelso e insondable misterio de Dios con el hombre...!

¡Oh...! ¡Pero si Dios, por su excelencia infinita, no puede ser más que Dios...! ¡Y el hombre, por su creación finita, por muy sublime que sea ésta, no puede ser más que hombre...!

¡Terrible misterio de la Encarnación...! ¡Hondo, profundo, secreto, insondable e incomprendible para la mente humana...!

[...] ¡Qué sorprendente en su realidad profunda y amorosa...! ¡Misterio de la Encarnación, que casi sin poder ser ni aun dentro de las posibilidades infinitas por la infinitud de la perfección de Dios, la misma Sabiduría eterna saca de su potencia la posibilidad de hacer lo imposible para que Dios sea Hombre y el Hombre pueda ser Dios...!

Y por si era poco, este sublime misterio, incomprendible para la mente humana, es contenido, mantenido y realizado en el seno de una

¹ Con este signo se indica la supresión de trozos más o menos amplios que no se juzga oportuno publicar en vida de la autora.

criatura tan maravillosa, que tampoco cabe en la mente humana conocer su grandeza y su riqueza por la excelsitud de su creación que la ha hecho capaz de ser Madre del mismo Dios encarnado, al no tener Cristo más Persona que la divina; para que por Ella, en Ella y a través de su virginal maternidad, mediante la contención del misterio que encierra, nos fuera comunicado, en el poema de amor más apetecido para el hombre –la maternidad–, el romance divino de Dios encarnado, y hecho hombre por amor.

¡Oh! ¿quién podrá acercarse al misterio insondable de la Encarnación, sin ser introducido por María...? ¿Quién será capaz de acercarse al instante-instante de romper el Padre en Palabra de fuego en el seno de la Señora, en el ímpetu sagrado del amor del Espíritu Santo...? Y ¿quién podrá penetrar en aquel misterio infinito, sin que María lo introduzca dentro de sí...?

¡Ay María...! ¡Inefable portento el de tu maternidad, que te hace depositaria de las promesas cumplidas de Dios al hombre a través de Cristo, el Unigénito del Padre, Enmanuel, Dios con nosotros...! ¡Ay María, tan desconocida y tan profanada tantas veces por la mente humana, al no conocerse según el pensamiento divino el portento de los portentos que encierras, para que Tú, como única depositaria de él, lo comunicaras a todos los hombres...!

[...] ¡Qué sublime, qué profundo y qué excelso es el misterio de la Encarnación y, por ello, qué grandiosa la maternidad de María...!

[...] Sólo el que a ti se acerca es capaz de ser introducido por ti en la cámara nupcial del secreto de Dios Encarnado, y, acurrucado en tu seno maternal, sorprender el misterio infinito, oculto, trascendente, velado desde todos los tiempos y manifestado en ti, por ti y a través tuya a todos los hombres...

[...] ¿Dónde está la palabra humana para cantar las grandezas de María...? No hay palabra creada que pueda expresarlas, porque, cuando Dios la creó, la hizo a imagen de su sabiduría y como manifestación de esta misma sabiduría dándose en maternidad...

Y ¿quién podrá comprender de alguna manera la sabiduría divina en la tierra, sino Aquella a la cual le ha sido deletreada tan sorprendentemente que el Verbo infinito, la Palabra del Padre, rompiendo en inéditas melodías de eternos cantares, en Ella y dentro de Ella se encarnó?

¡María es consciente del misterio de la Encarnación por designio amoroso de Dios que se encarnó en sus entrañas virginales, haciéndola romper, por la brisa de su vuelo y la fuerza de su infinito poderío, en Maternidad divina...! [...] ¡Qué grande es María por contener en sí el grandioso, sublime y subyugante misterio de la Encarnación...!

[...] Hoy he comprendido sorprendentemente, una vez más, desde la pobreza, pequeñez y ruindad de mi nada, penetrada por el pensamiento divino e iluminada por su sabiduría amorosa, que no hay misterio que no se nos comunique en ti, por ti y a través tuya...

¡Gracias, Señor, por haberme dado una Madre, mediante la cual, yo sea capaz de entrar en el gran momento de la Encarnación! y, por él, en todos los demás misterios que, donados por ti, se encierran en el seno de la Santa Madre Iglesia repleta y saturada de Divinidad!

¡Gracias, Madre!, por haberme introducido en tu seno, único camino y único medio por el cual yo puedo vislumbrar y penetrar, según la medida de la impotencia y nulidad de mi nada tener, nada poder y nada saber, algo del misterio de Dios hecho Hombre; y en él entender, saborear y vivir, en tu seno y desde tu seno, el misterio de la Iglesia que es perpetuación del misterio de la Encarnación realizado en tu seno. Y por eso, Tú, María, así como eres Madre de Dios, eres la Madre de la Iglesia mía, la contensora también de toda su realidad en la prolongación de los siglos...

¡Gracias, Señor, por haberte hecho Hombre! ¡Gracias por habérmelo enseñado hoy en el seno de María, y por haberme manifestado que sólo en Ella se puede comprender el arcano insondable de Dios en sí, bajo el misterio de la Encarnación, que hoy, por ser Iglesia, he descubierto contenido y mantenido en el seno de la Señora y comunicado a mi alma con corazón de Madre y amor de Espíritu Santo...!

¡Gracias, Señor, por haberme dado a María por Madre y así tener en la tierra quien me introdujera en tu misterio...!

¡Ay *Sancta Sanctorum* de la Encarnación! Yo, adorante, dentro, contemplo al Padre, al Hijo y al Espíritu Santo obrando el misterio que se encierra en la Encarnación... ¡Veo a María contemplando, en colaboración con las divinas Personas, la realización de ese misterio...!

[...] ¡Oh el momento de la unión de las dos naturalezas en la Persona del Verbo, obrándose esto en el *Sancta Sanctorum* de la Señora, mediante la donación del Padre que nos da a su Hijo por el amor del Espíritu Santo...!

[...] El Espíritu Santo, en un coloquio de amor, de intimidad, en su ímpetu infinito, prepara a la Virgen para que, en su seno y de su carne, Dios forme una humanidad que se una con la divinidad en la Persona del Verbo y obre la Encarnación...

[...] La Encarnación es la unión de Dios con el Hombre... El Padre nos da a su Hijo y María da a Dios la humanidad que Dios necesitaba para que su Hijo fuera Hombre...

¡Inefable misterio el de la Encarnación, en el cual actúa el Padre dándonos a su Hijo, el Hijo encarnándose en María, el Espíritu Santo obrando el misterio en la Señora, y la Virgen dándole su carne al Verbo de la Vida para que se haga Hombre...! Y así, la Encarnación, como todos los misterios de la donación de Dios al hombre desde ese momento, ha sido realizada entre el Padre, el Hijo, el Espíritu Santo y con la colaboración de María. Y la parte que María toma en el misterio de la Encarnación es

tan importante, que pasa a ser la Madre de Dios y Madre universal de la humanidad.

La Encarnación es el romance de amor entre Dios y el hombre en las entrañas de María.

¡Qué grandeza apercibe mi alma hoy en la Virgen...! La he visto siempre muy hermosa, muy sublime, pero nunca he penetrado como hoy en su grandeza frente a la Encarnación.

Por este misterio he comprendido que no hay gracia en la tierra que no le haya sido concedida en plenitud; porque cualquier gracia, por grande que sea, será siempre casi infinitamente más pequeña que su Maternidad divina, la cual le hace intervenir activamente en el gran misterio de la Encarnación.

¿Qué gracia habrá –por muy grande que sea, siempre a distancia inimaginable del don de la Maternidad divina– que se pueda conceder a una pura criatura en cualquier momento de su existencia, que no le haya sido concedida en plenitud durante toda su vida a la Señora Blanca de la Encarnación, creada y predestinada para ser la Madre de Dios, por la voluntad del Padre que nos dio a su Unigénito Hijo en el seno de una Virgen –“y la Virgen se llamaba María”–; realizándose esto en “la llena de gracia” por obra del Espíritu Santo, en un romance de amor de tan subida excelencia, que la hizo romper en maternidad, y Maternidad divina...?

Por lo que, según mi pobre y limitada captación, ahondada en el pensamiento divino en

penetrante sabiduría amorosa, todas las gracias, frutos, dones y carismas que a cualquier santo en cualquier momento de su vida le hayan sido concedidos, a la Virgen, Inmaculada por los méritos previstos de Cristo, llena de gracia y Señora de la Encarnación, le fueron otorgados, durante todo su peregrinar, en la plenitud que pedía la gracia de su Maternidad divina. Ya que, por María y a través suya, Dios nos donó a su Hijo Encarnado, por el cual nos han venido todas las gracias.

Siendo la Virgen “Madre de la divina gracia”; cosa que en un canto de alabanza en manifestación de sus grandezas, los hijos de la Iglesia lo vamos proclamando, llenos de gozo en el Espíritu Santo, en las letanías del Santo Rosario.

¡Cuánto ha aumentado ante mi mirada espiritual la grandeza pletórica y exuberante de María, y cuánto ha disminuido la pequeñez de los pensamientos de los hombres cuando, al ponerse frente a la Señora, le regatean alguna gracia que le haya podido ser regalada como sobreabundancia de su Maternidad divina...!

¡Qué contenta estoy de haber penetrado hoy en la Virgen así, y de que, en Ella y por Ella, pueda pasar a vivir y participar en el misterio de la Encarnación...!

¿Cómo podrá el hombre pecador entrar en el descubrimiento de las realidades divinas sin una previa limpieza de su espíritu...? ¿Cómo se atreven las mentes ofuscadas por la soberbia, y

tal vez por la lujuria, a ponerse frente a Dios, frente a Cristo, frente a María, frente a la Iglesia, para intentar descubrir, en un estudio frío y ofuscado, el pensamiento de la Sabiduría divina, en el misterio de su vida hacia dentro y en la comunicación de este mismo misterio hacia fuera por medio de la Encarnación, donde aparece María con la gran plenitud de su maternidad y donde se contiene el misterio de Dios dándose al hombre y el misterio de la Iglesia, continuación y perpetuación de la Encarnación durante todos los tiempos...?

¿Cómo se atreve el hombre, que no está penetrado de la luz del Espíritu Santo e iluminado por su infinito pensamiento, y sin la sabiduría amorosa del Infinito Ser, a meterse en los misterios divinos bajo la luz entenebrecida de su pequeñito entender, lleno tal vez de criterios humanos...?

¡Oh grandeza de la maternidad de María, tan desconocida, y a veces despreciada y ultrajada por el pensamiento y la ofuscación de los que, sin sabiduría divina, se atreven a meterse en el *Sancta Sanctorum* donde Dios mora en la tierra, para vislumbrar, con la cerillita tenebrosa de su entendimiento oscurecido, el esplendor casi infinito de la santidad, de la plenitud, de la llenura y de la grandeza de la Madre de Dios...!

¡Oh hombre, que tenías, como el profeta Isaías, que quemar tus labios con un carbón encendido para pronunciar el nombre de

María, y que te atrevas a meterte en el *Sancta Sanctorum* de la Encarnación, e intentas descubrir el secreto que encierra, acercándote a él tal vez con tu alma entenebrecida y sucia por el fango de tantos pecados...!

¡Qué grandes son las realidades de la revelación...! Y mientras más luz infunde la sabiduría en el alma, más aumenta ante ésta la inmensidad e infinitud del misterio de Dios y de sus planes eternos... La luz divina hace aparecer al mismo Dios, ante la mente de quien le conoce, infinitamente trascendente, terriblemente maravilloso, apasionadamente apetecible... Y esa misma luz abre en el espíritu insondables cavernas en hambres insaciables de más saber, en un saboreo que es vida, al Ser en su realidad infinita. Y cada nueva llenura hace surgir en lo más profundo del espíritu una nueva capacidad que hace vislumbrar una mayor grandeza del Infinito, con un nuevo aumento de nueva sabiduría para nuevamente apetecerle más y saberle más de nuevo.

En esa misma luz el alma descubre el gran misterio de la Encarnación, incomprensible para la mente humana e incontenible por ninguna criatura, y por él y desde la Maternidad divina de la Señora, los demás misterios. En él sorprende que Dios se hace Hombre y el Hombre pasa a ser Dios. ¡Misterio que parece que contradice la misma Realidad infinita, por la excelsitud y sublimidad trascendente que en sí encierra!

Y, ¡oh sorpresa!, cuando el alma se encuentra a María metida en el gran misterio de la Encarnación, como parte integrante del mismo... ¡Oh sorpresa!, cuando en ese misterio descubre que toda la sabiduría que el hombre pueda recibir, la plenitud de vida, la posesión de Dios, la grandeza del sacerdocio, la terribilidad del misterio de la Iglesia..., todo eso se realizó y se nos dio en María y con su colaboración a través de su Maternidad divina...

¡La mente parece que se rompe ante la plenitud del misterio que contempla, ante la grandeza de la Señora en la Encarnación, ante su colaboración en los planes eternos, ante la participación activa de su maternidad en toda la donación de Dios al hombre por y en el misterio de la Encarnación...!

Con temblor y temor, pero llena de confianza, amor filial bajo el cobijo amparador de su Maternidad divina, desde hoy [...], miraré siempre a María, por la grandeza que he contemplado en el misterio de la Encarnación que en Ella se encierra y su participación en él. Con temor de acercarme a su blancura y poder enturbiar su grandeza con mi ofuscación; y con amor y confianza, porque Dios me la dio por Madre, para que, metiéndome en su seno, me fueran descubiertos los secretos del Padre que en Ella se nos comunican...

Hoy he aprendido que todo cuanto se me da en el seno de la Iglesia, que todo cuanto se me

ha dado, que todo cuanto se me dará, ha sido por medio de María, lo cual yo, tal vez inconscientemente, no le he sabido agradecer ni corresponder. Pero hoy, en la luz y amor de su cercanía, he visto que no hay nada ni en el Cielo ni en la tierra que se nos trasmita fuera de la Maternidad divina de la Virgen, Madre, Reina y Señora toda Blanca de la Encarnación. La misma Iglesia es el regalo que Cristo nos dio por María y en su seno; y así como la Iglesia es la prolongación y perpetuación del misterio de Cristo en su Encarnación, vida, muerte y resurrección, es también la perpetuación y prolongación del misterio de la maternidad de María.

[...] Y ante esta verdad mi alma gozosa descansa en el saboreo y cercanía de la presencia de la Señora de la Encarnación, en este día de gracia, de luz y de amor, que Dios me ha concedido, como un nuevo preludio en mi caminar hacia Él.

Señor, esclarece mi entendimiento, para que mi alma pueda entrar, sin profanarlo, en el secreto de tu vida íntima y de tu Encarnación, metida en el regazo de María, desde donde se aperciben, se vislumbran y se descubren, como desde una atalaya, los misterios infinitos de tu vida en tu comunicación familiar y en tu donación a los hombres.

¡Gracias, Señor, por haberme dado hoy la posibilidad de conocer tus misterios introducida en el regazo de la Señora de la Encarnación, toda Virgen, toda Madre, toda Reina y toda Señora!

Roma, 30-4-1993

VIRGEN, MADRE, REINA Y SEÑORA...

¡Era blanca mi Señora...!,
¡aquella que vi aquel día,
cual centelleos de gloria,
de majestad tan divina,
que reflejaba al Inmenso
en su infinita armonía...!

¡Era Blanca...!, ¡era Señora...!;
y mi alma la veía
Virgen de tal señorío,
que Dios mismo la envolvía.

¡Era Madre del Dios vivo
que se encarnó, en esta vida,
en su seno inmaculado
de sublime poesía...!

¡Era tan bella...!, ¡tan bella...!;
tan buena su compañía,
que, cuando vino a abrazarme,
en su pecho me sentía
estremecida en la hondura
de mi alma dolorida...

¡A mí vino y se acercó...!
¡En blancura relucía...!
¡Era tan blanca...!, ¡tan blanca...!;
que su blancura decía,

del modo que puede hacerlo
criatura tan sencilla,
la infinita excelsitud
de trascendencia divina
en resplandores de gloria,
donde Dios vive su vida.

¡Era Madre...!, ¡era Señora...!,
¡Virgen...!, ¡Reina enaltecida...!,
que, en la bóveda del Cielo,
en santidad la envolvía
el Santo que allí se oculta
en santidad infinita.

¡Y ésa era mi Señora...!,
¡mi Madre...!, ¡mi Virgen mía...!;
en realeza tan grande
que, cual Reina, poseía
por donación de su Hijo
y participando en vida
aquello que Dios se es
en su excelsitud divina.

Y en su virginal blancura,
¡oh qué posesión tenía
mi Señora, Virgen, Madre,
del Verbo que la envolvía
con sus eternos cantares
de inéditas melodías...!

Y ¡cómo la amaba el Padre...!
En Ella Él se tenía
recreos de gran contento
en el modo que Él sabía.

¡Y el Espíritu Infinito
con su fuego la encendía
en refrigerantes llamas,
como a su esposa querida!

Qué romance es el de Dios
en infinita armonía,
para mi Madre del alma,
para mi Virgen, ¡la mía...!,
que, un veinticinco de Marzo,
bajó del Cielo impelida,
para acariciar mi alma
que ya de pena moría
en un penar dolorido,
que decirlo no podía.
Ella vino y me impulsó
con su dulce compañía,
para que ya a Dios cantara
sus eternas melodías.

¡Vino a mí y me acarició...!
–¡qué blanca era María...!–
e inclinándose hacia mí,
entre sus manos cogía,
para llevarla a su pecho,
mi cabeza desvalida;
en caricia que no acierto
a decir, por más que diga.

¡Qué blanca era mi Madre...!,
¡qué ternura en Ella había...!
Nunca me vi tan pequeña,
nunca me sentí tan niña
en su regazo amoroso,
y nunca tan protegida

de la dulce Madre amada
que Dios me diera aquel día
cuando en la cruz me entregaba
su Maternidad divina.

¡Qué blanca es mi Madre Blanca...!,
¡qué bella la vi este día...!,
siéndose, en virginidad,
la Madre de Dios y mía,
y un portento de los Cielos
que, en cercana compañía,
quiso decir a mi alma
tanto cuanto me quería.

¡Qué señorío encerraba
su blancura cristalina,
reflejo del Sol Eterno
en sustancial compañía...!

¡Era Virgen la Señora...!,
¡Virgen, Madre, Reina mía...!
Era Reina, porque Dios
le dio su soberanía,
al encarnarse en su seno;
siendo por Él tan querida,
que la hizo Madre suya
durante toda su vida,
y está por siempre en los Cielos
junto a Él enaltecida.

¡Y yo la he visto en la tierra...!,
mas no con estas pupilas
con que se ven aquí abajo
las cositas de esta vida;
siendo los ojos del alma
los que en mis honduras miran,

y con los cuales Dios quiere
que me introduzca en su vida.
Pues son lucientes luceros
de honda sabiduría
los que Dios mismo le ha dado
a mi alma en esta vida,
para poderme adentrar
en su dulce compañía.

Ahora tras densos velos,
después con su luz divina,
le veremos tal cual es,
en adhesión que culmina
viéndole en sus mismos Ojos,
dentro, en su sabiduría.

¡Era blanca la Señora...!,
aquella que, en aquel día,
un veinticinco de Marzo,
cuando mi alma moría
en recóndito silencio
porque decir no podía
cuanto en mi pecho encerraba
del modo que Dios quería,
¡vino a mí y me acarició...!

Mi penar desvanecía,
porque, llegando a mi lado,
a mi cabeza cogía,
y llevándola a su seno,
en su pecho me ponía
con acariciar tan dulce
que, en Maternidad divina,
me dijo mi Virgen Blanca
el modo en que me quería;

y me dio su protección
que, en consolación, decía,
con impulso de los Cielos,
que me lanzara a cantar
como Dios de mí pedía.

Nada dijo con palabras,
con su presencia, María;
pero todo quedó dicho
a mi alma dolorida
con la dulce protección
que la Virgen me ofrecía.

¡Era Virgen...!, ¡era Madre...!,
¡era Reina en su armonía...!
Todo esto en mí imprimió
en honda sabiduría,
porque la vi con los ojos
que, en mi alma, yo tenía.

Aún después de tantos años,
no se ha nublado aquel día;
y en el transcurso feroz
de mi desolada vida,
la tengo siempre grabada,
de mi alma, en sus pupilas.

Tan claro y hondo la encierro
en luz de sabiduría,
como el día que la vi,
quedándome conmovida
para siempre en el destierro...
Y en mi luchar, todavía
siento su dulce presencia
y su amparo que me anima

a seguir siempre adelante
con renovada alegría,
aunque parezca que faltan
fuerzas a mi alma herida;
porque ya se hace de noche
y se atardece mi vida,
entonando los cantares
que Dios con fuerza pedía
a mi espíritu cansado
por la lucha de esta vida.

Era blanca la Señora...
¡Yo la vi! Con su venida,
me siento firme y segura
en el resto de mis días,
para poder repetir,
en mi cariño de hija,
que yo he visto a la Señora
en luciente cercanía
un veinticinco de Marzo,
cuando menos lo creía;
porque la prueba era recia,
y sola me sumergía
en un silencio silente,
que más tiempo no podía
soportar dentro del pecho
con la prueba que vivía.

¡Un veinticinco de Marzo...!
¡Cómo olvidaré aquel día!,
cuando llegué a comprender
que Dios mismo me decía,
en el corazón sencillo
de su Madre y de la mía,

con dulce maternidad,
el modo en que Él quería
a esta pobre “Trinidad”
que Él en la tierra tenía...

¿Era Dios, o era la Virgen...?

¡Era Él que me decía
en el pecho de su Madre
todo cuanto me quería...!
¡y me quiso acariciar,
como mi Jesús lo hacía
día a día en el Sagrario,
cuando en su pecho ponía
mi cabecita pequeña,
porque niña me sentía
cuando a Jesús me acercaba
presente en la Eucaristía...!

¡Dios me quiso acariciar
de nuevo, como Él quería
cuando al Sagrario llegaba
para hacerle compañía...!
Y por eso me envió
a su Madre, que es la mía,
para que me acurrucara,
como Él siempre lo hacía.

¡Un veinticinco de Marzo,
yo he visto, en sabiduría,
a la Madre de mi Dios,
que a consolarme venía...!

Y me reclinó en su pecho;
y yo en él me estremecía,
porque me dijo ternuras
en manera tan divina,

que comprendí que Dios mismo,
con tierna sabiduría,
acariciaba mi alma
en el pecho de María.

¡Era Blanca...!, ¡era Madre...!

¡qué fulgores envolvían
su excelsa maternidad
en virginidad sumida...!

Por eso quedó en mi alma
la figura de María
impresa con tanta luz,
que, sin palabras, decía
la Eterna Virginidad
que el Excelso en sí tenía,
siéndosela en sus adentros
por sí y en sí poseída
en rompientes cataratas
de paternidad divina;

¡y tan envuelta por Dios
en las llamas infinitas
de sus lucientes luceros
que, del suelo trascendida,
vive con Dios adentrada
por siempre en su compañía,
de un modo tan trascendente,
que Él tan sólo sabía
la manera que, en su Seno,
tenía dentro a María!

¡Era blanca la Señora...!
La misma que vi otro día
que, en su Asunción a los Cielos,
en cuerpo y alma subía

en el arrullo infinito
de Dios que la poseía.

¡Era blanca la Señora...!,
¡tan Virgen, Madre, y tan mía!,
que ya siempre he de vivir,
en mi paso por la vida,
envuelta por el recuerdo
de cuanto yo vi en el día
de la Encarnación del Verbo
en el seno de María:
¡de una Virgen toda blanca
que, en Maternidad divina,
al mismo Verbo de Dios
en su entraña concebía
por el señorío excelso
que, en realeza, Él ponía
en el seno de su Madre,
para encarnarse en la vida!

¡Un veinticinco de Marzo...!,
¡sublime y terrible día...!
que dejó por siempre impresa
en mi alma dolorida
la figura de la Virgen,
tan Reina y enaltecida,
tan reluciente y tan pura
como el sol del mediodía.

¡Un veinticinco de Marzo
vino a abrazarme María...!,
¡la misma Madre de Dios!,
¡Madre de la Iglesia mía...!

19-12-1974

¡MISTERIO DE INÉDITA TERNURA!

¡Navidad...! Misterio de inédita ternura...; sorprendente donación del Amor Infinito para con el hombre...; explicación poderosa del Eterno Poder, que se nos da en delecto divino y humano de un modo tan sencillo como corresponde al señorío simplicísimo de la realeza del Ser.

¡Navidad...! Dios que nos dice en un delecto amoroso y en el romance infinito más inimaginable e incomprensible, toda su vida en Canción, en manifestación gloriosa y en gozo de sapiental sabiduría...

¡Oh pensamiento de Dios que, rompiendo en voluntad redentora, se entrega por su infinita Palabra a los que ama, en el arrullo cariñoso del Beso de su Boca...!

¡Navidad...! Sapientalmente sabida entre los hombres, en adorante penetración, por Nuestra Señora de Belén que, en contemplación expectante, trascendida hasta el pecho del mismo Dios, da a luz al mundo a la Luz infinita de la Eterna Sabiduría, en un Niño que, llorando entre sus brazos, es el Hijo de Dios y su Hijo...

El Verbo Infinito, por el trascendental misterio de la Encarnación, cumpliendo la voluntad

del Padre, rompe en Palabra desde el seno de Éste al seno de María por el arrullo acariciador y amoroso del Espíritu Santo. Y encuentra que el seno de la Señora le sabe a Hogar Infinito, porque es todo él participación acogedora del corazón del Padre con ternura y cariño de Virgen-Madre...

Y en el seno de María, saturado de virginidad, es realizado el misterio trascendente y subyugante de la Encarnación en el poema amoroso del beso infinito del Espíritu Santo, que hace romper a la Señora, con la brisa sacrosanta de la suavidad del paso de su vuelo, en Maternidad divina...

María, ¡Virgen-Madre...!: Madre en fruto de su excelente virginidad..., y Virgen porque su misma Maternidad divina, por el fruto de su fecundidad, la hizo aún más Virgen, al ser este Fruto la Virginidad Infinita Encarnada en Palabra explicativa a los hombres, de infinita santidad virginal. Por lo que María, mientras más Virgen, más Madre, y mientras más Madre, más Virgen; ya que Ella es un grito en todo su ser de: ¡Sólo Dios!, envuelta, saturada, penetrada y poseída sólo, ¡exclusivamente sólo! por el Ser Infinito, en posesión total y absoluta.

¡Secreto trascendente el que vivió María durante los nueve meses de su Adviento en intimidad sabrosísima con el Hijo de Dios que, entrañado en su seno, le hacía sentir el palpitar de su corazón en cariño de filiación...! La vo-

luntad infinita del Padre la estremecía, por el amor del Espíritu Santo, en necesidad nostálgica y vehemente de dar a luz al Hijo de Dios a través del parto virginal y luminoso de su Maternidad divina...

¡Misterio de silencio sagrado entre la criatura y el Creador... entre Dios y la Virgen Blanca, que, en la contención de su Adviento, encierra en su seno al Unigénito del Padre, con el cariño y la maternidad que la madre más tierna pudiera sentir, por la delicadeza infinita del toque del Espíritu Santo en sus entrañas virginales...!

¡Nueve meses de ternura..., de donación..., de entrega..., de respuesta y de esperanzadora expectación, en la espera cariñosa de su maternidad que ansía escuchar de la boca del Verbo Infinito, como en infinitud de eternas melodías, la palabra: ¡Madre!, en la realidad palpable y palpitante, sonora y deleitosa del Hijo de Dios hecho Niño entre sus brazos...!

La vida de María, durante su Adviento, es un misterio de inimaginable ternura, siempre en espera de que la Palabra infinita del Padre, vuelta hacia Ella, le exprese la voluntad del mismo Padre por el impulso del Espíritu Santo en requiebros de manifestaciones de amor...

¡Adviento de María, vivido en el secreto de la contención de su seno, y sólo conocido por Dios y por Ella en el abrazo sacratísimo del Espíritu Santo; que, en estrechísima unión, tenía envuelto al Hijo de Dios, siendo el Hijo de

María, en el ocultamiento velado de la inmaculada virginidad de la Señora!

Los nueve meses que la Virgen vivió con Jesús en su seno, fueron contemplados por los Ángeles de Dios, en la intimidad sagrada de ricos coloquios de amores..., en ternuras sublimes e inefables, silenciosas y secretas, misteriosas y sagradas, divinas y divinizantes de adorante silencio...

¡Adviento de María...! Secreto insospechado y sólo intuido por el *alma-Iglesia* que, siendo introducida por la Señora en el *Sancta Sanctorum* de su virginidad maternal, es capaz de saborear en sorpresa candente lo que entre Dios y la criatura es obrado por el Espíritu Santo, cuando la voluntad del Padre quiso darle Madre a su Hijo Encarnado y, por Él y en Él, a toda la humanidad; y, quiso darle Hijo a Nuestra Señora toda Blanca de la Encarnación, para que Ésta, diera a luz a Dios entre los hombres bajo las apariencias sencillas y cariñosas de un Niño pequeñín en brazos de Madre, fruto, en manifestación esplendorosa, divina y divinizante, de la Virgen Madre de Belén, cobijada bajo el arrullo divino del Espíritu Santo, cubierta y envuelta por la Santidad del Omnipotente.

¡Navidad...! Misterio de donación del Infinito a los hombres a través de la maternidad de María...

La Virgen-Madre de Belén besa con ternura indecible, en un beso de profunda adoración

saturado de misterio, al Hijo de Dios; que, surgiendo de su seno virginal en fruto de su Maternidad divina, es su Hijo que se hace visible ante el mundo en la oscuridad sorprendente de una noche cerrada bajo el silencio misterioso, velado y sorprendente de la incompreensión, sólo conocido y penetrado en la profundidad profunda de su realidad por la Santidad infinita del que Se Es.

Hijo de la Santa Madre Iglesia, sólo la vida de fe, repleta de esperanza, iluminada con los dones del Espíritu Santo e impulsada por el amor, es capaz de adentrarse en este misterio de la Navidad: En el silencio de la noche y de la ingratitud, se dijo el Amor ante la expectación secretísima de la Virgen Blanca.

¡Qué serían para María todos y cada uno de estos esplendorosos misterios que Dios obraba entre los hombres, por la donación de su mismo Hijo en delecto amoroso de amor eterno, rompiendo en infinitos cantares por el gemir del llanto de un Niño...! ¡Cómo los viviría...! ¡De qué modo los adoraría...! ¡Qué recepción la de la ternura de su maternidad...! ¡Qué respuesta la de su entrega! ¡Qué cariño, en su caricia de Madre, llena de sapiental y deleitable ternura para el Verbo Infinito del Padre, Encarnado, que, siendo al mismo tiempo Hijo suyo, era un Niño pequeñín, alimentado por el néctar sabrosísimo de sus pechos virginales, nacido en Belén en los brazos de “una Virgen que le pondría por nombre Enmanuel, Dios con nosotros”, –“y la Virgen se llamaba María”–, descendiente

de David, Primogénito entre muchos hermanos, y Promesa de Dios hecha a nuestro Padre Abraham, anunciada por los Santos Profetas en el Antiguo Testamento y cumplida por Cristo:

“Un Niño nos ha nacido, un hijo se nos ha dado: lleva al hombro el principado, y es su nombre: Maravilla de Consejero, Dios fuerte, Padre perpetuo, Príncipe de la paz”...!

¡Qué recreos de amor y ternuras entre la Madre y el pequeño Enmanuel...! ¡Qué secretos de entrega y respuesta...! ¡Qué abrazos de cariño de la Virginitad Infinita a su Virgen-Madre, y qué ternura la de la Virgen-Madre para la Virginitad Infinita del Verbo Encarnado entre sus brazos...!

¡Qué momento el del Nacimiento de Jesús...! ¡Momento de sorpresa y expectación de reverente y adorante veneración! ¡Qué instante-instante de sublime y celestial trascendencia de virginitad en rompiente Maternidad divina por el aleteo infinito de la brisa candente del Espíritu Santo, cuando la Virgen se encontró con la realidad palpable y palpitante de su Dios hecho Hijo suyo, en abrazo de misteriosa maternidad y en respuesta del mismo Dios en Niño pequeñín que la mira con sus ojitos divinos, cual lucientes luceros, en secreto de filiación, llamándola: Madre...!

¡¿Qué haría el Espíritu Santo en este instante en que la Palabra Infinita Encarnada, surgiendo del seno de María, brilló ante el mundo en la oscuridad de la noche, rompiendo en Luz de

infinita sabiduría expresiva ante el ocultamiento misterioso del silencio de la incomprensión en la noche sagrada de Belén...?!

“La Luz vino a las tinieblas y las tinieblas no la recibieron”.

¡¿Qué diría María a Jesús, toda Ella poseída por el Amor Infinito..., envuelta y penetrada por su caricia..., besada por su Beso..., saturada de su amor..., impregnada de su eterna sabiduría para penetrar, en el saboreo del mismo Espíritu Santo, lo que, a través de su Maternidad divina, se daba a los hombres en el misterio simplicísimo de un Niño que, reclinado en un pesebre, entre pajas, rompía en un llanto melodioso de canciones infinitas de amores eternos...?!

¡¿Cuál sería el impulso del Esposo divino en el corazón candente de Nuestra Señora, para que amara y recibiera a Jesús con la ternura de su Maternidad divina...?!

¡Qué requiebros de amor entre la Madre y el Hijo, por la fuerza..., la brisa..., el silencio..., la paz..., la dulzura y el gozo dichosísimo del Espíritu Santo...!

¡Oh misterio...! ¡Misterio de sorprendente ternura...!: ¡Dios ya es Hombre en brazos de Madre...! ¡Y la Madre es Virgen con la Virginitad Infinita Encarnada en sus brazos, que llama Madre a su Virgen, porque la Virgen es su Madre...!

¡Misterio de Navidad, contemplado por los Ángeles que, ante su imposibilidad de llorar de

amor y anonadación, rompen en un cántico al Dios hecho Niño por amor en manifestación esplendorosa de la misericordia infinita en derramamiento de ternura y compasión hacia el hombre caído!: “Gloria a Dios en las alturas y paz en la tierra a los hombres que Dios ama”.

¡Que no intente la criatura con ojos carnales, penetrar, comprender y ni siquiera vislumbrar los misterios velados de sublime trascendencia que el Infinito Ser obró en María, cuando la creó para la realización de sus planes eternos de donación hacia el hombre; uniéndola a Él tan maravillosamente, que hizo de Ella un portento de la gracia sólo conocido en la penetración de los dones del Espíritu Santo y saboreado por los frutos de su posesión...!

¡Que no intente la lengua manchada expresar los misterios de Dios en sí mismo y en su donación de amor misericordioso hacia el hombre en y a través de la Virgen toda Blanca de la Encarnación, rompiendo en Maternidad divina por el beso candente de infinita virginidad del Espíritu Santo, con comparaciones profanas que no hacen más que empañar la blancura inmaculada de su incomprensible e intocable santidad...!

¡María es un grito de ¡sólo Dios!, en su ser, en su vida y en su obrar...!

La Virgen, saturada de divinidad y rebosante de Maternidad divina, consciente de que Dios se encarnó en Ella para darse a los hombres en

la Canción infinita del romance de un Niño, por la voluntad del Padre y en el amor del Espíritu Santo; ansiosa de realizar el querer divino que tiene impreso en su ser, interrumpe los recreos de amor con el Hijo de Dios, salido de su seno, y su Hijo en sus brazos de Madre, para dar al mundo, como fruto de su Maternidad divina y en función de esta misma maternidad, al Enmanuel, el Sumo Sacerdote que es en sí y por sí la unión de Dios con el hombre en el ejercicio de la plenitud de su Sacerdocio.

Y cuando, como Madre universal, en manifestación de su amor, va a dar a Dios a todos los hombres, que también son fruto del beso del Espíritu Santo en su alma de Virgen-Madre, recibe, en la delicadeza incomprensible de su amor maternal, la espada de un dolor tan agudo, que su corazón queda herido, sin poderse cicatrizar, ante el desamor del “no” de todos sus hijos a la donación infinita del Amor eterno que, por medio de la maternidad de la Señora, se nos entrega hecho Niño en la noche misteriosa y sacrosanta de la Navidad... ¡Y cómo comprendió María, en una comprensión de dolorosa penetración, que “la Luz vino a las tinieblas y éstas no la recibieron”...!

Y por eso, traspasada de dolor, cumpliendo la voluntad del Padre y bajo el impulso del Espíritu Santo, cogió la Palabra Infinita del Padre hecha Niño y, en un desgarró de su maternidad, desprendiéndoselo de sus brazos, lo colocó en las pajas de un pesebre, como mani-

festación patente, palpable y desgarradora de que no había quien lo recibiera...

Realizado todo esto sólo bajo la expectación adorante y reverente del Patriarca San José, anegado de gozo indecible en el Espíritu Santo y sollozando al mismo tiempo, con su alma desgarrada ante la contemplación del sorprendente misterio que, a través de la Virgen Blanca de la Encarnación, era manifestado en Belén, bajo la sombra y la brisa amparadora del Omnipotente.

¡Misterio de Navidad...! ¡Secreto de infinita ternura...!: En el silencio de la noche y de la incomprensión, bajo las notas vibrantes del Espíritu Santo, y en el desgarramiento de la maternidad de María, ¡¡en un pesebre se nos dijo el Amor...!!

¡Silencio, alma querida...! ¡Respeto y veneración! ¡Adora...! ¡Con los Ángeles de Dios, responde en amor...! Porque Dios, hecho Niño, de un momento a otro va a romper en llanto por primera vez en la tierra en un desgarramiento de soledad e incomprensión...

¡Silencio, alma querida...! ¡Responde...! ¡adora...! ¡jama...! ¡¡que Dios llora!!

Ángeles del Cielo ¿dónde estáis...? Buscad a los sencillos de la tierra y comunicadles la gran noticia de que en un pesebre, acurrucado por la ternura de una Virgen-Madre ¡¡Dios llora...!! ¡Buscad a los sencillos, a los pequeños..., por-

que ellos descubrirán los misterios de Dios...; porque a ellos les son comunicados los secretos del Padre...; “porque de ellos es el Reino de los Cielos” y porque con ellos el Amor Infinito, reclinado entre pajas y temblando de frío, descansa...!

Y por eso los Ángeles, en la escalofriante noche de Navidad, corrieron a los pastores en cumplimiento del deseo de Dios, para comunicarles la Buena Nueva del Emmanuel.

Entre los grandes, entre los que buscaban la riqueza de la tierra, no hubo lugar para que la Virgen-Madre diera a luz a la Luz Infinita del Eterno Sol, reventando en centelleantes resplandores...

¡No hubo lugar para el Hijo de Dios en ninguna posada...!

Y así, en una gruta..., en el silencio de la noche..., ante la expectación de la Virgen..., la adoración de un justo varón..., el calor de unos rudos animales... y la contemplación de los Ángeles del Cielo, rompió entre los hombres la Canción Infinita del Padre, en Cántico nostálgico de profunda y trágica incomprensión.

Hijo de la Santa Madre Iglesia, tú que vives de fe, que conoces, en la penetración de los dones del Espíritu Santo, por tu vida de gracia, los misterios de la vida de Cristo, vente hoy conmigo, alma querida, hijo de mi *alma-Iglesia*..., ¡vente, en esta noche de Navidad, al

portalito de Belén...! Ponte junto a la Virgen Blanca... Y allí, en expectación adorante, espera ese instante-instante pletórico de luz y de divinidad en el cual, arropado por el silencio de la noche y en el misterio acariciador del arrullo del Espíritu Santo, va a romper en llanto de Canción Infinita la Palabra Eterna del Padre en los brazos de María...

Espera postrada, alma querida, y contempla los recreos de la Madre y el Hijo en virginidad de ternura comunicativa...

Escucha el arrullo infinito del Espíritu Santo, que envuelve el misterio de la Virgen-Madre que besa a Dios en un Niño recién nacido, como Hijo suyo hecho Hombre.

Apercibe, si puedes, el beso de Dios que, Encarnado, besa a la Virgen con ternura de Hijo...

Y espera... para que, después de ese coloquio de inefable complacencia por parte de Dios, cuando Nuestra Señora toda Blanca de Belén vaya a dar a su Hijo y al Hijo de Dios a los hombres nuevamente en esta noche de Belén que por medio de la liturgia se nos hace presente en nuestro tiempo, te encuentre a ti esperando llena de amor e inédita ternura, y no tenga que volver a colocarlo en el pesebre, ¡en unas frías pajas!, porque tampoco encuentre en esta nueva noche de Navidad a quién dárselo para que lo reciba.

Coge presuroso de los brazos de María al Niñito de Belén; al Enmanuel, Dios con noso-

tros, que nace en un pesebre, morirá en una cruz y se quedará en la blanca Hostia durante todos los tiempos mediante el Sacrificio del altar, para dársete como Pan de vida, y en espera amorosa en el Sacramento de la Eucaristía, manifestación esplendorosa de su amor infinito que necesita estar con los que ama mientras duren los siglos.

¡Alma querida, hijo de mi *alma-Iglesia*...! ¡Acógelo, que Dios se hizo Hombre para ti, para que tú le recibieras, le amaras y le abrazaras...! ¡Acarícialo con la máxima ternura que puedas...! Besa su pechito divino palpitando de amor por ti; sus pies que se convertirán en camino de vida y, para llevarte a la Casa del Padre, serán taladrados; su cabecita penetrada de infinita sabiduría, ¡que será coronada de espinas por tus propios pecados!

Mira sus divinas mejillas, bañadas por las lágrimas y sus ojitos brillantes que te buscan esperando la respuesta de tu amor a su donación de amor infinito.

Deposita en sus manos un beso que le sepa a recepción de su donación eterna... Abre tus brazos y tu corazón, y extiéndelos para cogerlo; y pídele a María que te lo dé, que no deje a Jesús en el pesebre, ¡que tú le quieres recibir, porque para ti se hizo Hombre, y por ti Ella fue Madre de Dios y Madre tuya...!

Pídele a Nuestra Señora del Espíritu Santo el Fruto de su maternidad, que es tuyo, pues para ti Dios se hizo Niño...

¡No dejes, alma querida, que Nuestra Señora de Belén, en esta noche de Navidad, cargada de misterio, ponga nuevamente a Jesús en el pesebre porque no había quien lo recibiera...!

[...] Y unidos en el Espíritu Santo, cumpliendo la voluntad del Padre, vamos a abrir nuestro corazón y nuestra alma para coger en nuestros brazos a Jesús, pequeñín de Belén, y besarlo con un beso de recepción..., con un abrazo de respuesta..., con una entrega de donación... ¡para que ya nunca se pueda decir que “la Luz vino a las tinieblas, y las tinieblas no la recibieron”...!

[...] Ya sabes, Señora de Belén, que mis nostalgias y las apetencias de mi corazón son incontenibles..., que las urgencias de mi pecho y los volcanes de mi amor, como inabarcables... Por lo que yo expreso hoy mis sentimientos de la manera espontánea y sencilla con que los pequeños comunican sus deseos, apoyados en el pecho del Padre.

En las ansias incontenibles de mi maternidad universal, yo quiero, en la noche sacrosanta de Belén, con mi misión de Iglesia cumplida, de un modo misterioso pero experimentalmente vivido, postrarme a tus plantas [...] y decirte en nombre de los hombres de todos los tiempos, por la dimensión de mi *alma-Iglesia* en la plenitud de mi sacerdocio místico: ¡Madre, danos a Jesús...!; ¡y que nunca jamás se tenga que oír en la tierra: “Vino a los suyos y éstos no le recibieron”...!

Porque, en la magnitud esplendorosa de nuestra realidad de Iglesia, mi alma pequeña pero desbordadamente ansiosa de responder a Dios, dice al mismo Dios, por mi maternidad espiritual y universal en las llamas candentes del Espíritu Santo y en el modo misterioso de nuestra injerencia en Cristo, con Él, por Él y en Él, un “sí” tan glorioso que sea respuesta de amor y de recepción por todos los hombres en la noche fría, silenciosa, misteriosa y sacrosanta de la Navidad.

28-12-1972

NIÑO DE BELÉN

Fijaba mis ojos en la lejanía,
y, con los luceros de tu resplandor,
Niño de Belén, dulce Melodía,
sentí encenderse mi alma en amor.

Y, en los requemores de un tierno alborozo,
dentro de mi pecho escuché tu voz
que, en llanto de Niño, cortado en sollozos,
me pide en gemidos mi entrega y mi don...

Miraba a lo lejos,
buscando en la noche mi Sol...

29-5-1973

MI LUMBRE TEMPRANA

Se oculta entre sombras
el Sol de los soles...
¿por qué...?

¿Si sólo en tus Lumbres
encuentra sentido
mi ser!;

¿si sólo al mirarte,
Niño de Belén,
en tus resplandores
descubro adorante
tu serte en tu ser...!

¿Por qué no te muestras
sin sombras de muerte,
sin esperas largas?
Dímelo; ¿por qué...?

Ya sé que tus fuegos
deslumbran mis sombras
y me cegarías
al logarte ver,
Jesús del Sagrario,
Dios del Sacramento,
mi Infinito Ser.

Pero, aunque muriera
por tus resplandores,
muerte busco ansiosa
que apague mi sed.

Ya sé que cegada
quedé al contemplarte,
y, envuelta en tu sombra,
camina mi fe;

pero los destellos
que vi en tus fulgores
abrieron las ansias
de mi apetecer,
Jesús del Sagrario,
Dios de Eucaristía,
divino Enmanuel.

Y hoy clamo en mis sombras:
¿Por qué te escondiste,
mi Lumbre temprana...?
Dímelo; ¿por qué...?

21-10-1974

¡YO QUIERO AL SER...!

¡Yo quiero al Ser...! ¡Sólo quiero a Dios, sin
más..., porque todo lo que no es Él, honda-
mente me tortura...!

Yo necesito meterme en la hondura profun-
da del Eterno Afluente, donde, en borbotones
de ser, irrumpe la Catarata inagotable de la infi-
nita Sabiduría...

Hambreo saciar mi entendimiento en aquella
ciencia saboreable del Eterno Seyente en sus
Tres. Y le anhele sólo a Él, sin más cosas que
torturen la herida punzante de mi corazón...

Yo quiero beber en el Torrente de sus Cas-
cadas, y saturarme en la embriaguez del sabo-
reo sapiental que rompe del pecho de Dios...

Quiero beber... ¡beber para calmar mi sed...,
para saturar mis hambres en el Eterno Seerse...,
allí..., donde Dios!

Estoy cansada de la tierra con sus criaturas,
con sus conceptos, con su vacío de Dios, con
la incomprensión que encierra en sí como con-
secuencia del pecado, por lo que el entendi-
miento mutuo entre los hombres y yo se hace
tan dificultoso...

Me siento oprimida por los gemidos del corazón, las lágrimas ahogadas del espíritu y los suspiros contenidos del alma...

Voy por la vida cansada de luchar en la fatiga de mi camino tan lleno de dificultades. Me siento taladrada por el secreto del silencio, por la incompreensión de los que junto a mí caminan vertiginosamente, muchos tal vez sin saberlo, hacia el término de esta vida; la cual, por el encajamiento en la voluntad de Dios, nos conduce al gozo dichosísimo de la Eternidad, o, en nuestra descabellada carrera, puede llevarnos a perderlo para siempre tras el Abismo por nuestro desencajamiento en los planes del que Es, que nos creó con capacidades inmensas de felicidad para saciarlas en la posesión de su gozo infinito, en la intimidad hogareña de su Familia Divina...

Yo deseo vivir en el País de la vida y de la libertad..., en la verdad de la infinita Justicia..., en el descanso de la verdadera caridad..., en la comprensión de la perfecta unión...

Busco al Ser..., ¡al Ser infinito en su ser, tal cual es...!, y le encuentro entre los que no son Él y en sombras de muerte.

Mi espíritu sediento gime por la vida del Eterno Viviente, en la comprensión libre de su entendimiento, sin conceptos de acá, sin palabras creadas para expresarle. Yo quiero amarle con el Espíritu Santo, pero no entre sombras, sino en la luz luminosa de sus infinitas pupilas... Busco jadeantemente la llenura de mi ca-

pacidad en el Manantial infinito de las eternas perfecciones...

Estoy fatigada..., ¡torturantemente fatigada de la pequeñez de la mente humana...! Me tortura el no saber expresar mis sentimientos..., el tenerme que valer de frases y conceptos que no descifran cuanto necesito decir...

¡Yo quiero al Ser...! ¡al Ser...! ¡Y le quiero ya...! Y por eso, al no poderle poseer como es y donde es, en la luz infinita de su coeterna claridad, le busco insaciablemente junto a las puertas de la Eternidad, en mi Sagrario, en espera jadeante de que se me abran sus portones suntuosos para siempre... ¡para siempre...!

Cada instante de mi vida es un clamor más torturante de Eternidad, una anchurosidad más profunda, y una petición más honda en necesidad de ¡sólo Dios en lo que es, sin más cosas que Él...!

Yo quiero al que Se Es de por sí cuanto se es en el señorío infinito de su eterna subsistencia..., en la conversación eterna de su Explicación cantora..., en el abrazo consustancial paterno-filial en rompiente de Amor personal y espiritualmente amoroso...

Suspiro por besar a Dios con el Espíritu Santo... ¡Y lo necesito ya...! Pero mi apetencia no resiste las sombras del destierro para poseer a Dios. Clamo por la luz de sus infinitas pupilas..., por el resplandor de su Sol Eterno..., por el manantial de sus fuentes..., la rompiente de su conversación... y las llamas de sus volcanes...

Yo necesito a Dios ya, ¡sin más esperas...! Pues fui creada para la Vida y sólo en ella sé vivir... ¡No encuentro la manera de vivir sin la Vida en la muerte del destierro!; pues mi peregrinar en la tierra no es más que un ir muriendo cada día a todo lo de acá, remontando el vuelo hacia el Inmenso Ser...

Me hieren los ruidos de este suelo..., sus carcajadas burlonas..., el tropel de su vertiginosa carrera sin saber dónde van... Me victima profundamente la hipocresía de los corazones insinceros..., la mofa del triunfo de los soberbios y el aparente fracaso de Dios entre los hombres...

¡Yo busco al Ser...! Y en el único lugar que más le encuentro es en el ocultamiento sencillo del Sagrario. Pero, ante su contacto, aunque me encuentre con el Eterno, siempre es entre velos, por lo que se aumentan mis congojas y se agrandan mis ansias de ¡sólo Dios!; pues mi corazón oprimido, al contacto de su cercanía, abre su capacidad y, dando rienda suelta a la necesidad de vivir que la vista de Dios abrió en mi espíritu, me hace clamar irresistiblemente en llamadas torturantes por la Eternidad...

[...] Cuando yo llamo a la Eternidad, no busco huir de los que amo...; reclamo, ¡solamente reclamo!, la única razón de ser de mi existir...; busco el fin para el que fui creada, y hambreo las llenuras de mi corazón...

Yo no deseo ir al Cielo para apartarme de los hombres, sino para encontrar a Dios, pues

sólo para Él fui creada ¡y para nada más...! Todo lo que no sea eso, es consecuencia. Y yo necesito la posesión total del Ser en su seerse cuanto se es para Él...

Yo busco mi saturación en el descanso que me dará la adoración ante la excelencia infinita del que Se Es.

Todas las cosas aumentan mis congojas, porque todas desmesuradamente me gritan que ellas no son Dios, y me impulsan irresistiblemente al Infinito.

Sé lo que es el Eterno Seyente en sus Tres... ¡Sé cómo es el que Se Es...! Y por eso, el que no sabe al Ser no podrá comprender mis urgencias penando, mis clamores callando, mis nostalgias muriendo, mis llamadas penantes, en mi búsqueda insaciable de silencio y soledad junto al Sagrario...

No es que yo quiera estar con Dios, es que, ¡o lo encuentro, o me muero...! ¡Me muero en ansias de poseerlo..., en urgencias torturantes por no poderme morir para tenerlo ya...!

El agonizar de mi vida, la enfermedad de mi destierro, el cáncer que va corroyendo mi vivir lastimero en el camino de esta pobre peregrinación, es el grito torturante que oprime mi espíritu en necesidad urgente de: ¡sólo Dios!

Estoy cansada de esperar sin encontrar cuanto ansío en el lugar del desamor... ¡¿Cómo expresar los volcanes de mi pecho en amor a Dios y a cuantos amo...?!

El silencio, por la incomprensión, es el martirio cauterizante de mi espíritu que oprime en

su recóndito el secreto apremiante de la petición de Dios en paso de Inmenso.

Mi lenguaje es cada vez más extraño, mis vivencias más incomprensibles; por lo que mis urgencias son más irresistibles en necesidad torturante de la verdad del Ser. Él sabe mis porqués y los martirios que oculto en los silencios sagrados de mi corazón... Él conoce las peticiones que infunde en mi alma, dejándola pensando en el misterio silenciado de mi pobre expresar...

¡Yo quiero al Ser en su seerse el que Se Es, en la posesión completa de cuanto Él se tiene...! Y le quiero también en el cumplimiento perfecto de cuanto su petición imprime en mi pecho... Y deseo hacer cuanto Dios quiere que haga en el impulso de su candente conversación, y necesito escuchar el Dicho de su Boca para poner por obra cuanto me manda...

Pero, ante su voz que me envía, y el ¡“no”! de los que no son Él, yo quiero ¡sólo a Dios...! Y todo lo demás es falta de entendimiento por inadaptación de conversación. Por eso busco incansablemente el Habla infinita del Eterno Ser.

Mi vida es una carrera vertiginosa hacia el Eterno, y, en su caminar penoso, va cayendo desplomada en su siempre levantarse con una nueva y más profunda tortura en clamores jadeantes del que Se Es.

El Ser me llama a Él, y yo corro a su encuentro en la búsqueda insaciable de mi saturación...

¡Yo quiero al Ser en lo que es, sin más que a Él...!

10-7-1970

NOSTALGIA Y MELANCOLÍA

¡Nostalgia, melancolía y silencio...! ¡Torturas con apetencias en urgencias del Seyente, en tormento...!

Busco a Dios en mis martirios, en quebrantos..., en lamentos... Le espero día tras día en jadeante silencio...

Le apercibo tan lejano..., tan extraño, tan excelso de todo lo que me envuelve..., tan eterno, tan profundo y tan secreto..., ¡tan distinto, tan distante...!, ¡tan sublime, tan infinito, tan bueno...!, que ¿a quién le podré contar el secreto de mi ensueño...?

Si se oculta, si se esconde, ¡qué romance, qué silencio se apercibe en mi interior, tan sabroso, tan cercano y tan secreto...!

El ocultarse el Amor, es nostalgia por su encuentro..., es dulce melancolía..., ¡es abrasarse en sus fuegos!, es buscarle donde esté, es encontrarle muy dentro, en espera que es llenura y en llenura que es encuentro.

Tengo a Dios de un modo extraño... ¡Tan extraño, que no sé cómo le tengo...! ¡que todo lo que no es Él, por muy íntimo y muy bueno, por cercano que me sea, me es tormento!

Añoro su cercanía, le ansío como el sediento; le busco en mis horas largas, en mis ratos de silencio a los pies de mi Sagrario junto al Dios del Sacramento, en mi trabajo constante, en mi terrible destierro... Todo mi duro querer, todo mi continuo esfuerzo, todo mi luchar penante, es por tenerle contento...

Ni la muerte, ni la vida, ni el sufrir, ni el siquiera estar contento, quitan de mi ser la urgencia que en mí el Infinito ha puesto de esperarle sin cansarme en mi nostalgia de Cielo...

¡Oh dulce melancolía que me llena en el destierro, que me penetra en la hondura del palpitar de mi pecho, que me tiene suspirando en la noche del destierro por el día luminoso y sorprendente del encuentro...!

Yo le espero sin dudar, porque sé que Él es sincero y me llevará a su Hogar cuando salga de este suelo, como me lo ha prometido en aquel día certero. Yo le espero, ¡no lo dudo!, lo tengo impreso en mi centro, que el Amor vendrá por mí para llevarme a su seno.

Por eso vivo en la espera y en un jadeante esfuerzo por hacer cuanto pudiera por tener a Dios contento.

Fuera de esto nada busco en mi terrible destierro. Sólo llena mi existencia este dulce pensamiento: ¡que Dios mire complacido, descansado y satisfecho la tierra del desamor, cuando repose en mi pecho...!

¡Nada busco! Sólo quiero que el Amor encuentre en mí cuando reclame consuelo, en alegría o dolor, un descanso a su tormento.

¡Oh dulce melancolía...! ¡Oh sorprendente secreto...! Mis días pasan veloces, se deslizan como un vuelo... Jadeante está mi ser en clamores del Eterno, en urgencias de llenuras y en novedad del que espero.

Busco a Dios vehementemente, cada día con más fuegos; en mi espíritu oprimido le ansío siempre de nuevo, esperándole en nostalgias por el soñar de su encuentro...

¡Tengo un romance en mi hondura...! ¡Tengo un secreto en mi pecho...! ¡Tengo una vida en el alma, una extrañez, un silencio...! Algo que quiero decir, algo que quiero y no puedo...; algo que es Dios que me cerca, que es morir porque no muero; que es nostalgia del Dios vivo, cercanía del Eterno, amargura por la ausencia y esperanza por su encuentro...

¡Tengo una cosa en mi hondura..., un misterioso contento..., una pena, una amargura, una alegría, un ensueño...!: Alegría, por tener a Dios contento; tristeza, porque no alcanzo, en recrujiente lamento, la posesión del Amor del modo que le apetezco...

¡Qué extrañez vivo en mi vida...! ¡Qué soledad...! ¡Qué silencio...! ¡Qué cercanía de Dios y qué lejano le siento...!: ¡Le tengo dentro de mí en distancias del Eterno...!

Mientras más tengo, más quiero... Mientras más cerca, más lejos... Le llevo dentro del alma, le siento dentro del pecho..., y al mismo tiempo, en su vida, ¡en sus Tres, en su misterio, en su visión cara a cara, en sus lucientes luce-

ros!, por más que intento buscarle, ¡no le encuentro...!

Tengo a Dios de un modo extraño pero no como le quiero... ¡Qué lejana está la muerte...! ¡qué lejana está la vida del encuentro...!

Tengo a Dios de un modo extraño en mi penante destierro, en honda melancolía, en urgencias por tenerle del modo que no le tengo...

¡Tengo a Dios en la esperanza de tenerle ya sin velos, para siempre ¡para siempre! en la luz de su misterio, en resplandores de gloria y en centelleos de Cielo...!

Tengo a Dios porque le busco en mis constantes anhelos, y es tenerle, bien lo sé, porque lo siento, en un tener que es nostalgia, que es apetencia, que es fuego, que es cauterizante luz, que es agonía de Cielo...

Tengo a Dios del modo extraño que se le tiene en el suelo, de ese modo que es nostalgia, que es misterio, en honda melancolía por su encuentro...

Tengo a Dios secretamente de ese modo que no entiendo, ¡pero no como le busco!, ¡pero no como le espero en el día que me adentre en el Manantial eterno y en el Piélago infinito de la hondura de su fuego...!

¡Qué dulce melancolía la que yo abrigo en mi pecho...! ¡Qué triste profanación la que en mi espíritu siento, cuando intento descubrir lo que barrunto en mi seno, al describir con pala-

bras ese decir su besar sin beso, este expresar su quemar sin fuego; este intentar descifrar el modo del Infinito, sin conceptos...!

Pues sentir la cercanía del Amor, es sentir la lejanía de su Fuego... Mientras más cerca, más lejos...; al tenerle, más le pierdo... ¡Qué extrañas son mis palabras y mis duelos, para poder entender la cercanía de Dios, sin conceptos...!

Cuando se acerca el Amor, todo se queda en silencio: las criaturas, las flores, la inmensidad que contemplo... Todo se queda lejano y, ante la Vida infinita, aparece como muerto. ¡Y qué choque cuando el alma tiene que seguir viviendo entre la vida y la muerte, entre la tierra y el Cielo, entre el Concierto de allá envuelta en este silencio...!

Mas... ¿qué digo...? ¿Cómo expresar lo que quiero...? ¡Todo es profanación de lo que vivo en mi pecho...!

Quisiera gritar muy alto, descifrar lo que en mí tengo, pero, por más que me esfuerzo, sólo consigo decir lo contrario a lo que siento...

Porque lo que digo es vida, es la vida del Inmenso, y, si Éste se aproxima, hay que quedarse en silencio...

La pobre mente no sabe expresar con sus conceptos algo de lo que Dios obra en secreto; y al explicar lo que vivo, sufro un terrible tormento, porque me es profanación lo que expreso...

Y así transcurren mis días vagando por el destierro, esperando jadeante, en mi noche tras

mis velos, tras mi angustia y mi trabajo, tras la lucha de este suelo, en un caminar penoso lleno de terrible anhelo, en mi nostalgia callada, ¡sólo el día del encuentro...!

Vivo silente en mi vida, disimulando mi anhelo; y cuando quiero explicar algo de lo que en mí tengo, me queda tal amargura y un dolor tan lastimero en la hondura de mi ser por no decir lo que encierro, por no poderlo expresar, que vuelvo con mi nostalgia a sumergirme en silencio, en espera jadeante de aquel día del encuentro; pues bien sé que Dios vendrá para llevarme a su seno...

Y entonces, y sólo entonces, con su Boca, con su Luz y con su Fuego, yo le expresaré en romance lo que en mi espíritu tengo...

Pero mientras llegue el día de mirarle en sus luceros, por más que quiero decir, sólo podré conseguir profanar más mi secreto.

¡Qué honda melancolía...! ¡Qué nostalgia...!
¡Qué silencio...! ¡Qué urgencias por poseerle...!
¡Qué apetencias del Eterno...!

Mas, está cerca el Amor... ¡muy cerquita!, ¡yo lo siento...!

¡Nostalgia y melancolía en mi pecho...!

12-12-1974

¡EN EL SAGRARIO ESTÁ EL SER...!

Yo clamo por el Ser, por la posesión de la conquista del Infinito, por la cercanía de la brisa callada del Espíritu Santo...

Suspiro jadeantemente por el Amor; le llamo en una nostalgia profunda que, impulsándome hacia la luz luminosa del Sol Eterno, me lanza vertiginosamente tras Él, sin poder contener el ímpetu candente de mi corazón.

Yo clamo por el Ser en torturas agonizantes de su posesión, en ímpetus continuados de nuevos impulsos que me hacen suspirar constantemente, sin pronunciar palabra, en tendencia incontenible hacia Él, con la velocidad del rayo y el ímpetu del huracán, atraída por la fuerza misteriosa del que Se Es...

Mi vivir es la continuación de un acto de amor que Dios infundió en mi pecho el día que me llamó a Él, y que durante toda mi vida está siendo pronunciado, para perpetuarse en amor puro en el día eterno del Reino de la Luz. Por lo que espero que, en cualquier momento que el Eterno Seyente venga a recogerme, me encontrará vuelta hacia Él en la pronunciación del acto de amor puro de mi vida.

El Amor Infinito besó mi alma, imprimiéndose en ella tan divinamente, que ésta es una repetición de respuesta al don divino en lanzamiento amoroso hacia Él.

Mi vida es amar al Amor que, envolviendo mi alma con la brisa de su paso y en el aleteo de su caricia acogedora, me dice quedamente en un pronunciar sagrado de infinita petición: “Esposa, ven a mí”.

Y este “ven a mí” que el Ser Infinito grabó a fuego en mi pecho el día de mi consagración como petición de Esposo enamorado, me lanzó hacia Él tras la brisa de su vuelo en un ímpetu que, respondiendo en don como puede, le dice: “Espera, Amor, que voy presto”.

El misterio de mi vida, el de mi consagración, y toda la nostalgia apretada de mi constante ascensión hacia Dios, no es más que una petición del Amor, contestada en respuesta de entrega incondicional y correspondencia.

La voz del Infinito es impronta en mi alma enamorada que, invitándome a seguirle, me clama con gemidos inenarrables dentro de mi pecho: “Amada, ven a mí”. Y mi espíritu, impregnado del hálito del Eterno, enloquecido de amor, se lanza tras las huellas de su paso en carrera veloz de donación total a la petición penetrante que, cual flecha aguda, me taladra el alma en requiebros de Esposo.

El Amor me llama a Él, y mi amor corre al Amado, porque la luz de su hermosura me subyugó tan maravillosamente, que sólo en el

día de sus Soles mi alma descansará tranquila, reclinada en su pecho.

Por eso, cuando mi sed de Eternidad me abrasa, cuando mis ímpetus por poseer al Ser parecen arrancarme de la muerte de esta vida, cuando todas las cosas de acá amenazan con separar mi alma del cuerpo en el vuelo de su lanzamiento hacia Dios; impelida en las brasas del amor, corro al Sagrario, donde, en entrega de amor, tras los portones misteriosos que le ocultan, ¡encuentro al Ser...!, ¡al Ser Infinito!

Y allí, en un acto supremo de amor, de entrega, de donación, de respuesta y de victimación, le recuerdo que soy madre; y descanso, hecha una con los míos, junto a mi Amor Infinito en la tierra, postrada en vehemente y reverente adoración ante “los Portones suntuosos de la Eternidad”: ¡Detén tu paso, Señor, porque entre tu amor y mi amor se obró un misterio de fecundidad que, teniéndome en vuelo hacia ti, me pone en prensa por estar aquí contigo y sin ti, para tu gloria y la gloria de cuantos me diste que me abrasa en sed de almas, en ardorosos deseos de llevarlas a ti!

A veces, cuando parece que no puedo más, al llegar junto al Sagrario, me paro en mi ascensión, y, cayendo en adoración ante mi Jesús penante, le amo en descanso amoroso con necesidad de estar junto a Él cuanto duren los siglos.

¡Cómo he comprendido en esta última temporada la necesidad de que Jesús esté en la

Eucaristía...! Si Él no se hubiera quedado con nosotros por amor, ¿cómo podría nuestro amor vivir sin Él...?!

Mis ratos de Sagrario, vividos día tras día junto a “las Puertas de la Eternidad”, tienen pacificado a mi espíritu y sostienen la carrera vertiginosa que, ante la voz del Ser que me invita a seguirle, mi espíritu emprendió hacia Él.

Dios es el Todo de mi vida, y el Todo Infinito está en el Sagrario para mí.

Cuántas veces he experimentado como algo interior que me hacía lanzarme hacia Dios, no pudiendo estar más en el destierro. Y, al llegar al Sagrario, apoyada y reposando en el pecho de Cristo, poco a poco irse aquietando mi alma en el ímpetu de su veloz carrera; hasta que, al fin, descansando tranquila y sosegada en amor de respuesta al Amor Infinito, iba viendo que, en el misterio de la Eucaristía, el mismo Dios, en silencio de donación, decía a mi alma: “¡Ven a mí...!”

¡Cómo comprendo, ante la experiencia urgente que me impulsa hacia la posesión del Eterno y mi llenura junto a los pies del Sagrario, que ¡en el Sagrario está el Ser...! Misterio inexplicable que el espíritu sabe comprender al intuir su secreto. Dios llama a Él, y, cuando el alma le encuentra en el Sagrario, descansa.

Cuando mi vida fatigada experimenta que no puede más en clamores insaciables del Ser por las apetencias de su posesión, corre al

Sagrario. Y allí encuentra, en el modo misterioso que le da la fe, la esperanza de la llenura de cuanto necesita. Por lo que he llegado a comprender, a través de mis ímpetus saciados en la Eucaristía, en un saboreo de misteriosa comprensión, que las puertas del Sagrario ¡son “los Portones suntuosos y anchurosos de la Eternidad”!

¡En el Sagrario está el Ser...!, el Ser Infinito que me llama con voz poderosa invitándome a seguirle. Por eso, cuando después de tantos años de consagración, mi espíritu parece que ya no puede contener sus ansias de Dios en luz, necesita –y yo sé que en ello me va la vida porque así Dios lo imprimiera en mi alma– grandes y descansados ratos de oración ante Jesús Eucaristía, para contener el ímpetu que, en carrera veloz, me impulsa a marchar a la Eternidad...

¡Cuántas veces, sintiéndome morir en ansias de Dios, ajena y como separada de todo lo creado, sin fuerzas físicas para seguir viviendo, he corrido al Sagrario, al silencio silencioso del Verbo Infinito Encarnado; y poco a poco se ha ido apoderando de mí como una dulzura de paz, que, en saboreo sagrado, siendo repletura de mis apetencias, fortalecía mi vida agonizante, para continuar entre los hombres sin volar al Ser definitivamente!

La fortaleza de mi vida, la continuación de mi peregrinar, la fecundidad de mi maternidad espiritual, la llenura de mi espíritu tantas veces acon-

gojado, lo encuentro a los pies del Sagrario... Aún más, el consuelo de mis aflicciones, el beso del Amor Infinito a mi alma llorosa, la caricia de su mano compasiva, el mirar de sus ojos serenos en promesas de amor y la participación tranquila de mis terribles nostalgias por Él, e incluso por los míos en la soledad de mi duro destierro, todo, ¡absolutamente todo!, encuentra pleno sentido en mis ratos de Sagrario junto a las “Puertas majestuosas de la Eternidad”.

Yo sé, porque me lo dice la fe y porque así lo vivo también en una sabiduría de experiencia sabrosa, que el Ser Infinito del mañana de la Eternidad es el Jesús cariñoso de mi Sagrario...

¿Cómo entonces podré egoístamente querer volar a su luz, cuando Él se quedó en mis tinieblas para mí...? Por lo que mientras mi alma pueda estar grandes ratos postrada ante el terrible misterio de un Sagrario en silencio, yo esperaré incansablemente el día del Señor.

En mi Sagrario lo tengo todo, porque el Todo Infinito es el misterio trascendente que oculta mi Sagrario. Si el hombre supiera el secreto de la Eucaristía ¡cómo no vendría a refrigerar su sed y a saciar sus hambres, reverente y adorante, a los pies del Sagrario ante el Dios del Sacramento...?!

Yo busco al Ser... ¡y, o lo encuentro, o me muero...! Porque Él me llama a sí con fuerza irresistible que, en lanzamiento de respuesta, me hace vivir en torturante clamor de Eternidad...

Pero, ¡ya encontré al Ser del modo amoroso que su voluntad infinita hoy quiere dárseme en el camino penante del peregrinar de este destierro en mi búsqueda insaciable de sólo Dios...!

Por eso mis ratos de Sagrario me son tan necesarios, tanto ¡tanto!, que en ello me va la vida; pues mi alma, sostenida por los silencios de su misterio, saborea, en donación amorosa, los secretos de la Eternidad.

¡Qué grande es la Eucaristía para el alma enamorada...! Tanto, que en ella encuentra su razón de ser en la llenura de sus insaciables apetencias.

¡Yo quiero al Ser, y en el Sagrario lo encuentro!

3-1-1982

¡RETEMBLORES...!

Retemblores yo siento en mis honduras
cuando me acerco al sublime Sacramento,
donde se oculta el Dios vivo en blanca Hostia,
para darse a mi alma en alimento...

Retemblores de inédita ternura,
por saber que me espera, como anhelo,
el Amor Infinito con nostalgias por entrar
en la médula escondida de mi pecho...

Retemblores de silentes melodías,
que me dejan en clamores trascendiendo,
al saber que me añora en su "locura",
el Dios mismo en Pan vivo de misterio,
abrasándome en las brasas trascendentes de su Beso...

Retemblores que me ponen cada día,
cuando llega el gran momento del encuentro,
encendida en los fuegos del que amo,
con urgencias que me oprimen dulcemente
en ardores por su abrazo en mis adentros.

Retemblores hoy envuelven los poemas
de mi alma enamorada del Eterno,
al saber que el Dios bendito de la Altura
ha bajado en veloz descendimiento,
para ser por mí comido,

siendo, como en un divino exceso,
mi Alimento...

Retemblores yo he sentido esta mañana,
porque sé que Dios descansa en mi cauterio,
en el punto silenciado de mi alma,
donde Él tiene, disfrutando, su aposento...

Retemblores se apoderan de mi ser,
por la paz que me penetra en su silencio;
pues Dios mismo me susurra con su brisa,
al posarse, en su pasar, dentro, en mi seno.

Retemblores que recrujen
las compuertas de mi médula, en su centro,
para dar entrada al Ser, que me quiere poseer,
siendo Él, dentro de mí, mi único Dueño.

Retemblores de alegría,
en dulce paz de misterio,
porque sé que entre mis penas,
por el duro caminar de este destierro,
Dios camina junto a mí,
sin dejarme abandonada ni un momento...

Retemblores que me ponen subyugada,
sin dejar cabida en mí para penar, aunque me muera,
en la triste soledad en que me encuentro...

Retemblores de alegría,
en la médula profunda de mi pecho,
porque sé que es el Juglar de mis amores
el que ha hecho este portento
de que quede solitaria entre los hombres,
para ser Él solamente mi Divino Compañero,

el Maestro de mi alma pequeña y subyugada
¡sin que nadie se atribuya este trofeo...!

Retemblores de amor puro
en conquistas del Dios bueno,
en amores silenciados
con silencios del Eterno...

Retemblores que le ponen
a mi espíritu sediento,
abrasado en las nostalgias
de encontrarme ya en los Cielos...

Retemblores que me obligan
a querer seguir viviendo,
para ayudar como pueda,
de este modo en que me encuentro,
a cuantos Dios me ha donado
como fruto de su Beso...

Retemblores si te miro
oculto en el Sacramento,
tras las puertas del Sagrario,
y en mi espíritu sediento
después que te he recibido
como sublime Alimento.

Retemblores de nostalgias,
son retemblores de encuentro,
que dejan al alma amante
saturada del Eterno...

¡¡Retemblores si te hallo...!!
¡¡Retemblores si te encuentro...!!
¡¡Retemblores por pensar
que he de perderte de nuevo...!!

12-5-1974

HORAS PROLONGADAS

Mañanas cargadas
de hondos secretos,
cuando, al despertar
de mi largo sueño,
abro ventanales que dan al Sagrario
y dejan luciente al Sol de los Cielos...

Horas silenciadas
de recogimientos,
donde, en los coloquios del Ser con mi alma,
percibo misterios,
palpito con Cristo,
intuyo su acento...

Nada dice nada para el que no sabe,
cerca del Sagrario, descubrir al Verbo.
Todo dice el Todo,
cuando el pecho abierto
consejo reclama
de Dios en silencio.

Horas prolongadas,
inédito ensueño...
Dios calla y espera
en su ocultamiento;
y mi alma sabe,
de un modo certero,

el hablar sencillo
del Verbo en destierro.

Comunicaciones
tras de tenues velos,
que van descubriendo, en horas cargadas
de densos encuentros,
la faz del Dios vivo,
con centelleantes luceros de Cielo...

Es tanta la hondura
de la paz que encierro,
que en conversaciones
rompen mis cauterios;
pues me siento herida
cual volcán en fuego,
porque es, cual espada
que taladra el pecho,
el habla infinita
del Ser en mi centro.

Mientras menos dice
fuera de conceptos,
más densa es su voz,
más fuerte el encuentro,
más traslimitada
de todo me siento;
y, sin decir nada,
en silencio quedo.
Entre Dios y yo se abren manantiales
de comprendimiento.

Dios besa y espera,
yo adoro y contemplo,
sin que se pronuncie

nada en nuestro encuentro;
y, sin oír nada,
todo lo comprendo;
y escucho palabras,
y entiendo misterios,
y sé que Dios habla
sin sentir su acento.

Horas prolongadas
yo vivo en el suelo,
mirando al Sagrario
para ver el Cielo.
Horas que confortan
mis recrujimientos,
llenando nostalgias,
calmando tormentos,
porque en el Sagrario
yo seguro siento,
sin nada que impida
mi presentimiento,
que estoy de hito en hito frente a los umbrales
del Cielo en destierro.

Días de Sagrario,
llenuras de Inmenso...